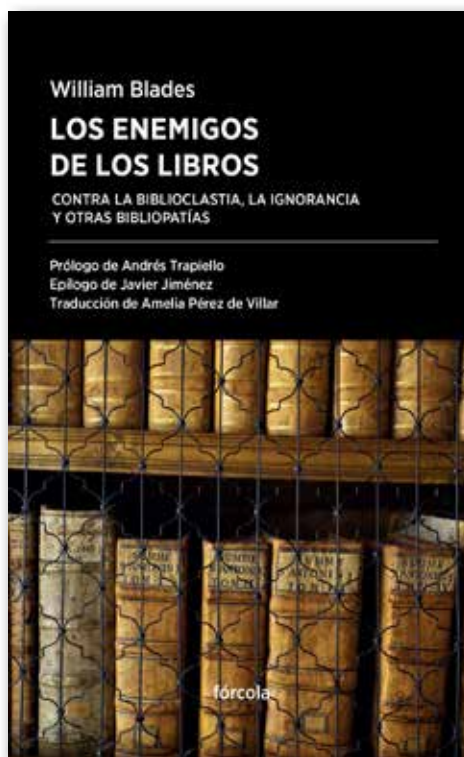




Amantes y enemigos

Hacía tiempo que no me entretenía leyendo un libro (en este caso, dos). Ya saben que el entretenimiento es el tiempo que transcurre entre dos actos o circunstancias importantes o baladíes, pero que requieren la voluntad de cada uno. Bien es cierto que muchas veces me he regocijado y hasta me he relajado leyendo. Pero, en cualquier caso, la lectura es un acto, circunstancia o inquietud, que requiere no sólo de la voluntad de quien se enfrenta a un libro sino también su compromiso. Cuando se abre un libro, se emprende una aventura personal e intransferible, por más que sean los lectores que se han enfrentado a la misma lectura, gozando o aburriéndose. Pero esa aventura no empieza cuando se abre el libro sino en el propio libro, la materia palpable que contiene los riesgos y emociones que se van a experimentar. El libro en sí, como recipiente de imaginación y símbolo, antiguo o moderno, superficial o complejo, de ribetes dorados o líneas torcidas, para coleccionistas o destinado a todos los bolsillos. Que ha desaparecido como asunto, no importa. Salvo para vaticinar su muerte ante la llegada de las nuevas tecnologías, y hasta muchos se atreven a manifestar que la imaginación y el conocimiento viajan poco a poco hacia esa "nube" que nadie ve pero lo contiene todo. Sólo hace un mes que asistimos a una campaña electoral y en los pocos momentos en los que me dejé llevar por la tentación de escuchar a los representantes de los partidos, en ningún caso oí citar, no ya la cultura (un estorbo, al parecer, en la carrera hacia la presidencia) sino al libro; como si la muerte que se vaticina fuera ya una realidad periclitada. Quizá por eso me he entretenido, relajado y hasta aprendido muchas cosas, leyendo y escuchando con ansiedad y expectación la palabra *libro* como continente y contenido, en los dos libros que competen a este comentario: *El amante de los libros* de Charles Nodier (Trama) y *Los enemigos de los libros* de William Blades (Fórcola), ambos con prólogos de



gran voltaje literario y acierto en sus presupuestos argumentales.

El primero, nada más y nada menos, de Alejandro Dumas, titulado "El Arsenal", referente a la amistad con el propio Charles Nodier y a su pasión por los libros que le acompañó hasta la muerte. El segundo, en primer plano de este presente de dudas y vaticinios, de Andrés Trapiello, gran bibliófilo, quien se atreve a decir que cada vez le gustan menos los libros y no reniega de los actuales, sí de los libros malos, y dice frases tan contundentes como: "Un libro, como el arpa, si no se pulsa es papel muerto" (quizá frase del propio Blades, pero a quién importa). Respecto a Trama (una editorial relativamente joven, pero con un bagaje de seriedad y prestigio que conviene tener en cuenta) y a su editor, Manuel Ortuño (presidente de ARCE y responsable de Letra Internacional y la prometedora Texturas), no me excuso de decir que escuchan y pronuncian continuamente la palabra *libro* y que, asimismo, procuran trasladar al presente digital, sin desmerecerlo, todo lo que tiene que ver con la edición, las bibliotecas, los encuadernadores, las librerías... Una labor que, más allá de las recompensas, siempre añade criterio, novedad y mérito a su empeño. Respecto a Nodier y Blades, en el mismo siglo, el XIX, de las luces para la novela, con pocos años de diferencia, hablan del libro para que los demás escuchen y ellos mismos escuchan la voz de la palabra y del recipiente que la contiene y se apasionan y entregan su vida. Uno habla de los amantes del libro, aunque algunos de ellos no merezcan la pena. Otro habla de los peligros que corren los libros, de sus enemigos más allá de los bibliófobos, el fuego, el agua, las hogueras incomprensibles; pero también hablan de los excedentes y, en pleno siglo XIX, de los mismos miedos que tenemos ahora en relación a los libros. Lo que quiere decir que el libro lleva más de un siglo siendo un superviviente. Sólo hay que escuchar su voz y tocarlo: él también nos escucha. 